ternura.... Tenía miedo de morir en el invierno, cuando estuvieses yermo y frío.

Conteníamos nuestras lágrimas; no queríamos turbar aquella muerte tan santa. Babetoraba en voz baja.

El niño seguía dando pequeños gritos.

Mi tío Lázaro, en medio de su agonía, oyó estos gritos. Trató de volverse hacia Babet, y, sonriéndose siempre:

—He visto al niño (dijo); muero feliz.

Después miró al cielo pálido, á la blanca campiña é inclinando la cabeza, exhaló un débil suspiro.

Ningún estremecimiento sacudió el cuerpo del tío Lázaro; entró en la muerte como se entra en el eusño.

Se había apoderado de nosotros un sentimiento tan dulce, que permanecimos mudos, sin derramar una lágrima. Sólo experimentábamos una tristeza serena enfrente de tanta sencillez. El crepúsculo avanzaba, los adioses del tío Lázaro nos dejaban confiados, como los adioses del sol que muere por la tarde para renacer al otro día.

Tal fué mi jornada de otoño, que me dió un hijo y arrebató á mi tio Lázaro en la paz del crepúsculo.

IV.

Invierno.

Enero tiene días siniestros que hielan el corazón. Al despertar aquella mañana fuí presa de vaga inquietud. El deshielo había empezado durante la noche, y cuando, desde el dintel de la puerta, miré al campo, se me apareció éste como inmenso harapo de color gris sucio, manchado de lodo, agujereado por algunas partes.

Densa cortina de nieblas ocultaba el horizonte. En medio de ella, erguían los robles del paseo sus negros brazos, semejantes á una fila de espectros que guardasen el abismo de vapor que se habría detrás de ellos. Las tierras estaban removidas y cubiertas de charcos, en torno de los cuales se veían montones de nieve que habían perdido su blancura. A lo lejos se oía la gran voz del Durance.

El invierno respira vigor sano cuando el cielo está claro y la tierra dura. El aire pincha las orejas, se camina alegremente por los senderos; el hielo resuena bajo los pies con rumores argentinos. Los campos se extienden, claros y limpios, blancos con la

nieve, rojizosal sol. Pero no conozco nada tan triste como esos días enojosos de deshielo; aborrezco la niebla, cuya humedad pesa sobre las espaldas.

Me estremecí al contemplar aquel cielo cobrizo; me apresuré á entrar otra vez, resuelto á no ir al campo aquella mañana. No faltaba qué hacer en el interir de la granja.

Jacobo se había levantado muy temprano Se le oía silbar bajo un cobertizo, donde ayudaba á cargar sacos de trigo. Tenía diez y ocho años: era un guapo mozo, de brazos fuertes. No le había mimado ni enseñado el latin mi tío, como á mí, y no iba á soñar bajo los sauces. Jacobo era un verdadero campesino, un trabajador infatigable, que se incomodaba cuando yo quería hacer alguna cosa, diciéndome que era viejo y que debía descansar.

Mientras le contemplaba de lejos, un ser dulce y ligero, que se encaramó sobre mis hombros, me puso sus manos encima de cieta los ojos, preguntando:

—¿Quién soy?

Me eché á reir

—Eres (contesté) Mariquita, á quien su madre acaba de vestir.

La niña iba á cumplir diez años, y desde que nació era la alegría de la casa. Nacida á última, en una época en que no esperábamos ya tener hijos, era amada con doble motivo. Nos era aún más querida á

causa de su salud delicada. Se la trataba como á una señorita. Su madre quería á todo trance que fuese una verdadera señora, y yo no me atrevía á oponerme: tan linda estaba la niña con su bonito traje de seda, adornado de encajes.

Mariquita no se había bajado de mis hombros.

—Mamá, mamá (gritaba): ven á verme; estoy á caballo.

Babet, que entraba, se sonrió. ¡Ah, mi pobre Babet; qué viejos éramos! Me acuerdo de que en aquel tiempo bostezábamos de cansancio, mirándonos con tristeza cuando estábamos solos. Nuestros hijos nos devolvían nuestra juventud.

El desayuno fué silencioso. Nos vimos obligados á encender luz. La claridad rojiza que esparcía en la habitación, infundía mortal tristeza.

—¡Bah! (decía Jacobo.) Es preferible esta lluvia templada, á que el frio hiele nuestros olivares y nuestras viñas.

Y trataba de bromear. Pero estaba inquieto, como nosotros, sin saber por qué; Babet no había dormido bien. Oíamos el relato de las pesadillas que la habían asaltado, con la sonrisa en los labios y la angustia en el corazón.

—El tiempo nos pone así,—dije,—para tranquilizar á todo el mundo.

—Sí, sí, es el tiempo (se apresuró á afirmar Jacobo). Voy á echar algunos sarmientos al fuego.

Alegres llamas saltaron en anchas ráfagas de luz sobre los muros. Las cepas se quejaban, dando chasquidos, convirtiéndose en rojas brasas. Estábamos sentados enfrente de la chimenea: fuera de la casa, la atmósfera estaba tibia; pero dentro caía de los techos una humedad glacial. Babet había puesto á Mariquita sobre sus rodillas, y conversaba con ella muy bajito, estremeciendose con su charla de niña.

—¿Viene V., padre? (me preguntó Jacobo.) Vamos á visitar las cuevas y los graneros.

Salí con él. Desde hacía algunos años las cosechas no eran buenas. Experimentábamos grandes pérdidas; nuestras viñas, nuestros árboles, perecían á los rigores del frío. El hielo picaba nuestros granos. Yo me decía á veces que era viejo; que la fortuna, que es mujer, no ama más que á los jóvenes. Jacobo se reía, diciéndome que él no era viejo, y que iba á cortejar á la fortuna.

Estaba yo en el invierno, en la estación fría. Veía claramente que todo moría en torno mío. A cada alegría que volaba, pensaba en el tío Lázaro, que había muerto con tanta tranquilidad; pedía fuerzas á su querido recuerdo.

A eso de las tres anocheció por completo. Bajamos á la sala común. Babet cosía al lado del fuego, con la cabeza inclinada; Mariquita, sentada en el suelo frente á la chimenea, vestía gravemente una muñeca. Jacobo y yo, sentados delante de una mesita de caoba, heren cia del tío Lázaro, comprobábamos nuestras cuentas.

La ventana parecía tapada; la niebla, adherida á los cristales, formaba una verdadera muralla de sombra. Detrás de esta muralla se abría el vacío, lo desconocido. Un clamor intenso, un ruido estrepitoso que llenaba la sombra, se elevaba en el abismo.

Habíamos despedido á los trabajadores, no reteniendo á nuestro lado más que á la anciana Margarita. Cuando levantaba la cabeza y escuchaba, me parecía que la granja estaba suspendida en medio de un remolino. Ningún ruido humano sonaba en el exterior; sólo se percibía el clamor del abismo. Entonces miraba á mi mujer y á mis hijos, con la cobardía de los viejos que se sienten demasiado débiles para proteger á aquellos que les rodean contra peligros desconocidos.

El clamor se hizo más ronco, y me parecía que empujaban la puerta. De repente, en la cuadra, los caballos relincharon furiosamente, y los bueyes mugieron como si se estuvieran ahogando. Nos levantamos todos, pálidos, inquietos. Jacobo se precipitó á la puerta, abriéndola de par en par.

Una ola de agua turbia entró bruscamente en la sala, y llenó el piso.

El Durance se desbordaba. Suyo era el clamor que se oía á lo lejos desde por la mañana. Fundidas las nieves de las montañas, cada arroyo se había con-

vertido en un torrente que engrosaba el río. La niebla nos había ocultado esta crecida instantánea. Muchas veces, en los inviernos rigurosos, en la época del deshielo, el agua había llegado á la casa; pero nunca la inundación había sido tan repentina. Veíamos el patio convertido en un lago. El agua no mojaba ya los tobillos.

Babet había alzado en sus brazos á Mariquita, que lloraba, estrechando á la muñeca contra su pecho. Jacobo quería ir á abrir las puertas de la cuadra y establo, pero su madre le sujetó por las ropas, rogándole que no saliese. El agua seguía subiendo. Empujé á Ba-bet hacia la escalera.

—¡Pronto, pronto (grité); á la habitación alta!

Obligué á Jacobo á ir delante de mí. Subí el último.

Margarita, atemorizada, bajó del granero donde dormía. Hice que se sentase al lado de Babet, que permanecía silenciosa, pálida, con los ojos suplicantes. Habíamos acostado á Mariquita, que no quiso separarse de su muñeca, y dormía dulcemente con ella en los brazos. Este sueño me alentaba, y cuando me volvía y veía á Babet, escuchando la respiración regular de la niña, no oía ya el agua azotando los muros.

Pero Jacobo y yo no podíamos menos de mirar el eligro de frente. La ansiedad nos impulsaba á darnos cuenta de los progresos de la inundación. Habíamos abierto la ventana de par en par; nos inclinábamos, á

riesgo de caer; interrogábamos á la noche. La niebla, cada vez más densa, flotaba sobre el agua, despidiendo una lluvia finísima, que nos penetraba hasta los huesos. Vagos reflejos de acero indicaban la sábana movible en el fondo de las tinieblas. En el patio la ola seguía subiendo á lo largo de las paredes con suaves ondulaciones. Y no oíamos más que la voz colérica del Durance, y el relinchar y el mugir de los caballos y bueyes espantados.

El terror y peligro de estos pobres animales me partían el alma. Jacobo me preguntaba con la mirada; hubiese querido arrojarse á librarlos Pronto fueron más dolientes sus quejas de agonía, y de súbito resonó un gran ruido, Era que los bueyes habían roto las puertas del establo. Pasaron delante de nosotros, arrastrados por la corriente, desapareciendo en la obscuridad de la noche.

Entonces la cólera me cegó, y furioso como un loco, amenacé al Durance con el puño. De pie, delante de la ventana, le insultaba;

—¡Malvado! (grité, en medio del estrépito de las aguas.) Te he amado entrañablemente, has sido mi primer amor, y hoy me robas; quieres destruir mi casa, y me arrebatas mis bestias. ¡Ah, maldito, maldito!—Me diste á Babet, te paseaste dulcemente á orillas de mis tierras. Te creía una buena madre; me acordaba del tío Lázaro, que tantas ternuras sentía por tus clarasondas; pensaba deberte recono-

cimiento, y eres una madrastra. No te debo más que odio.

Pero el Durance, con su voz de tormenta, sofocaba mis gritos. Majestuoso é indiferente, extendía y empujaba sus olas con la tranquila obstinación de las cosas.

Volví á entrar en la habitación; abracé á Babet que lloraba; Mariquita dormía sonriendo.

—No te asustes (dije á mi mujer); el agua no ha de subir siempre.... Va sin duda á bajar..... No hay ningún peligro.

—No, no hay ningún peligro (repetía febrilmente Jacobo). La casa es sólida.

En aquel momento, Margarita, que se había aproximado á la ventana, dominada por la ansiedad del teror, se inclinó como una loca y cayó dando un grito; me puse delante de la ventana, pero no antes que Jacobo saltara al agua. Margarita le había tenido en sus brazos cuando niño, y amaba á la pobre anciana con ternura de hijo. Al ruido de las dos caídas, Babet se había leventado espantada, con las manos juntas, y así se quedó; de pie, con la boca abierta, sin pestañear, mirando á la ventana.

Me había sentado en el alfeizar de la ventana, ensordecido por el rumor de las aguas.

No sé el tiempo que estuvimos Babet y yo en aquel estupor doloroso, cuando oí una voz que me llamaba

Era Jacobo, que estaba junto á la pared, bajo la ventana; le tendí la mano y subió.

Babet le abrazó fuertemente. Podía sollo zar; estaba salvada.

Nadie habló de Margarita. Jacobo no se atrevía á decir que no había podido encontrarla; nosotros no nos atrevimos á interrogarle acerca del resultado de sus pesquisas.

Me llamó aparte; me condujo á la ventana.

—Padre (me dijo á media voz): hay ya dos metros de agua en el patio, y el río no cesa de subir. No podemos estar más tiempo aquí.

Jacobo tenía razón. La casa se desmoronaba; las tablas de los cobertizos se iban una á una. Después, la sombra de Margarita pesaba sobre nosotros. Babet, medio loca, nos suplicaba. Sólo la niña continuaba en el lecho tan tranquila, abrazada á su muñeca, durmiendo con su hermosa sonrisa de ángel.

El peligro crecía por momentos. El agua iba á ganar la ventana é invadir la habitación. Se hubiese dicho que una máquina de guerra conmovía la granja con golpes sordos, profundos, regulares. La corriente debía coger á la casa de lleno, en plena fachada. Y no podíamos esperar ningún socorro humano.

—Los minutos son preciosos (dijo Jacobo con angustia). Vamos á perecer bajo los escombros.... Busquemos tablas; construyamos una balsa.

Tenía calentura. En verdad, por mi parte, hubiera

preferido mil veces estar en medio del río, sobre algunas vigas sujetas entre sí, que no bajo el techo de aquella casa que amenazaba desplomarse. Pero, ¿dónde encontrar las tablas necesarias? Arranqué con rabia las tablas de los armarios; Jacobo rompió los muebles; quitamos los postigos de la ventana; nos apoderamos de todos los objetos de madera que estaban á nuestro alcance. Y viendo que era imposible utilizar estos restos, los arrojamos en medio de la habitación, furiosos, sin cesar de buscar.

Nuestra última esperanza desaparecía; comprendíamos nuestra miseria y nuestra impotencia. El agua subía. Las voces roncas del Durance nos llamaban con cólera. Entonces estallé en sollozos: estreché á Babet convulsivamente entre mis brazos, y supliqué á Jacobo que viniera á nuestro lado. Quería que muriésemos todos juntos, formando un apretado haz.

Jacobo había vuelto á asomarse á la ventana.

De pronto, (gritó) bruscamente:

—Padre, nos hemos salvado; ven á ver.

El cielo estaba claro. El techo de un cobertizo, arrancado por la corriente, acababa de encallar delante de la ventana. Este techo, de muchos metros de ancho, estaba formado de vigas ligeras y de bálago; sobrenadaba; debía ser una balsa excelente. Junté las manos; habría adorado aquellas vigas y aquella paja.

Jacobo saltó al techo, después de haberle amarrado

fuertemente: lo recorrió en toda su extensión, asegurándose de la solidez de cada parte. La paja resistió; nos podíamos aventurar sin ningún temor.

—¡Oh! Nos llevará á todos (dijo Jacobo alegremente). ¡Ve cuán poco se hunde en el agua!.... Lo difícil será dirigirlo.

Miró en torno suyo, y recogió al paso dos palos largos que la corriente arrastraba.

—¡Ah! He aquí los remos (continuó). Padre, pongámonos, tú detrás, yo delante, y conduciremos fácilmente la balsa. No hay tres metros de fondo..... Pronto, pronto; vamos á embarcarnos: no hay que perder un minuto.

Mi pobre Babet procuraba sonreirse. Envolvió cuidadosamente á Mariquita en un chal; la niña acababa de despertarse; muy espantada; guardaba silencio, que interrumpía con hondos suspiros. Coloqué una silla delante de la ventana, hice subir á Babet en la balsa; mientras la tenía suspendida en mis brazos, la estreché, besándola con dolorosa emoción; sentía que aquel beso era un beso supremo.

El agua empezaba á entrar en la habitación. Teníamos los pies mojados; me embarqué el último; después desaté la cuerda. La corriente nos arrojaba contra el muro; fueron precisos precauciones y esfuerzos infinitos para alejarnos de la casa.

Poco á poco había caido la niebla. Cuando salíamos podía ser media noche; las estrellas estaban to-

davía semiveladas. La luna, casi en el límite del horizonte, esparcía una pálida claridad de aurora.

La inundación se nos apareció entonces en todo su horror grandioso. El valle se había convertido en río. De un lado á otro, entre las masas sombrías de cultivo, el Durance, único ser viviente en aquella soledad arrastraba su enorme caudal de agua, rugiendo con voz soberana, guardando en su cólera la majestad de su ímpetu colosal. De trecho en trecho, grupos de árboles asomaban sus copas por encima del agua, manchando la pálida sábana con reflejos negruzcos. Reconocí los robles de la alameda; la corriente nos empujaba hacia aquellas ramas, que eran para nosotros otros tantos arrecifes En torno de la balsa flotaban restos, pedazos de madera, haces de hierba; el Durance se llevaba las ruínas producidas por su cólera.

A la izquierda veíamos las casas de Dourgues. Las luces de las linternas se destacaban y movían en la obscuridad. El agua no había debido subir hasta la aldea. Sólo las tierras bajas estaban invadidas. Venían sin duda socorros. Interrogábamos las claridades que se reflejaban en el agua; á cada instante nos parecía oir ruidos de remos.

Habíamos partido á la aventura. Cuando la balsa estuvo en medio de la corriente, la angustia se apoderaba nuevamente de nosotros casi lamentamos haber dejado la granja. Me volvía á veces, miraba la

casa que seguía en pie, gris sobre el agua blanca. Babet, acurrucada en medio de la balsa, entre el bálago, tenía á Mariquita en sus rodilas, estrechando la cabeza de la niña contra su pecho para ocultarle el horror del río; ambas iban encorvadas, replegadas; abrazadas, como empequeñecidas por el terror. Jacobo, de pie en la parte delantera, se apoyaba con toda su fuerza en la estaca; nos dirigía rápidas miradas, y volvía silenciosamente á su tarea. Por mi parte, le secundaba lo mejor que podía; pero nuestros esfuerzos para ganar la orilla no obtenían resultado. Poco á poco, á pesar de nuestros remos improvisados que hundíamos en el lodo hasta romperlos, habíamos derivado; una fuerza, que parecía venir del fondo del agua, nos empujaba hacia adelante. El Durance se apoderaba lentamente de nosotros.

Luchando, bañados en sudor, habíamos llegado á ser presa de la cólera; nos batíamos con el río como un ser viviente, tratando de vencerlo, de herirlo, de matarlo. El nos estrechaba entre sus brazos de gigante, y las estacas eran en nuestras manos armas que le hundíamos con rabia en mitad del pecho. El Durance rugía, nos escupía la baba al rostro, se retorcía bajo nuestros golpes. Con los dientes apretados, nos resistíamos á su victoria. No queríamos ser vencidos, y nos acometían deseos locos de agotar al monstruo, de calmarlo á puñetazos. Pero, lentamente, íbamos perdiendo terreno. Estábamos ya á la entrada del

paseo de robles. Las negras ramas azotaban el agua de garrándola con ruido imponente La muerte nos esperaba tal vez allí, ante el menor obstáculo. Grité á Jacobo que tomase el paseo, y lo siguiese apoyándose en las ramas. Y así pasé por última vez entre aquellos robles, que habían sido testigos de mi juventud y de mi edad madura. En aquella noche terrible, ante el abismo que rugía, pensé en mi tío Lázaro; vi las hermosas horas de mi vida sonreirme tristemente.

Al concluir el paseo, el Durance triunfó. Nuestras estacas no tocaban ya el fondo. El agua nos arrebató en el impulso, furiosa de su victoria. Eramos suyos. Nos abandonamos. Bajábamos con rapidez espantosa. Grandes nubes, á manera de harapos sucios y agujereados, flotaban en el cielo. Cuando la luna se ocultaba, reinaba lúgubre obscuridad. Entonces rodábamos en el caos. Olas enormes, de un negro de tinta, semejantes á lomos de cetáceos, nos arrastraban, dando vueltas.

Ignoro cuánto tiempo duró esta carrera suprema. Bruscamente brilló la luna; los horizontes blanquearon. Y á esta luz, vi enfrente de nosotros una masa negra, que obstruía el camino, y hacia la cual corríamos con toda la violencia de la corriente. Estábamos perdidos, íbamos á estrellarnos.

Babet se había puesto en pié. Me alargaba la niña.

—¡Toma la niña! (gritó) ¡Déjame, déjame!

Jacobo había cogido á su madre. Con potente fuerte:

—Padre (dijo): salve V. á la niña; yo salvaré á mi madre.

La masa negra estaba delante de nosotros. Me parece que era un árbol. El choque fué terrible, y la balsa, partida en dos, sembró sus pajas y sus vigas en el torbellino de las aguas.

Caí abrazado fuertemente á Mariquita. El agua helada me devolvió todo mi valor. Vuelto á la superficie del río, sostuve á la niña, la eché á medias sobre mi cuello, y me puse á nadar con gran trabajo. Si Mariquita no se hubiese desmayado y se hubiera movido, habríamos ido seguramente al fondo del río.

En tanto que nadaba, me sofocaba la angustia. Llamaba á Jacobo; trataba de verle á lo lejos, pero no oía más que el rumor, no veía más que la superficie pálida del Durance. Jacobo y Babet habían perecido .. Ella debía haberse agarrado á él y arrastrarle en un abrazo mortal. ¡Qué agonía tan atroz! Yo hubiese querido morir, me hundía lentamente; iba á buscarlos bajo el agua negra. Pero cuando la ola tocaba la frente de Mariquita, luchaba de nuevo con feroz energía para aproximarme á la orilla.

Así abandoné á Babet y á Jacobo, desesperado de no poder morir como ellos, llamándolos siempre con ronca voz. El río me arrojó sobre los guijarros, semejante á uno de esos haces de hierba que abandonaba en su curso. Cuando volví en mí, cogí en brazos á mi niña, que abría los ojos. Amanecía. Mi noche de in-

vierno había concluido; noche terrible, que había sido cómplice de la muerte de mi mujer y de mi hijo.

Hoy, tras muchos años de penas y recuerdos, sólo me queda un último consuelo. Soy el invierno helado; pero siento estremecerse en mí á la próxima primavera. Mi tío Lázaro la decía: no morimos jamás. He tenido las cuatro estaciones, y he aquí que vuelvo á la primavera; he aquí que mi querida María vuelve á empezar las eternas alegrías y los eternos dolores.

FIN.